

**De interés para todos, especialmente para los padres**

Ediciones BISTAGNE ha puesto a la venta una nueva publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

## EL CUENTO SELECTO

Su precio es de 15 céntimos y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Immejorable presentación

**¡El mejor cuento del hogar!**

**¡15 céntimos!**

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 441

25 CTS.



**El hombre  
que vendió  
su amor**

POR  
Oscar Marion  
y  
Mary Kin

**Filmoteca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: Pasaje de la Paz, 10 bis  
Francisco-Mario Bistagne } TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 441

---

## El hombre que vendió su amor

Interesante producción

Interpretada por

Mary Kid, Oscar Marion, etc.



EXCLUSIVA DE

**Cinematográfica Almira**

Aragón, 225

BARCELONA

---

Con esta novela se regala la postal fotografía de  
NILS ASTHER

Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura



## El hombre que vendió su amor

*Argumento de la película*

### I

El Banco Oriental hubo de suspender pagos. Así lo acordó el Consejo al reunirse en aquella última sesión.

Pero la suspensión de pagos no podía ser legal. Aunque las cuentas decían lo contrario, era lo cierto que el Banco poseía mucho menos de lo que había de pagar. Esto era claramente una quiebra fraudulenta.

Después de una minuciosa pero rápida investigación, se vino en cuenta de que el culpable era únicamente el director, Raúl Smith, el cual había realizado operaciones temerarias, ocultándolas al Consejo, con la esperanza siempre de que un acierto cubriera el déficit producido por los anteriores errores.

El director tenía un secretario al que estima-

ha entrañablemente. Era éste Rodolfo, barón de Kopenak, cuya prodigalidad le había sumido en la ruina, teniendo que recurrir a un empleo con el que poder seguir haciendo frente a la vida.

Rodolfo nada sabía de los manejos de Smith, aunque algo sospechaba, al verle siempre taciturno.

Cuando el Consejo le llamó y le dió la noticia de la desastrosa quiebra quiso defender a Smith, aun echándose un poco de tierra encima.

Pero sus mentiras fueron rechazadas de plano. Todos estaban al cabo de la calle respecto a lo ocurrido. Allí no había más culpable que Smith, el cual, sin mala intención, pues por esta parte todos seguían creyendo en él, había llevado al Banco a una ruina irremediable, a una quiebra extralegal que les costaría molestias a todos y a él la cárcel.

En un último rasgo de nobleza, el Consejo resolvió poner a Smith a salvo de la justicia.

Se le llamó. El presidente le dijo:

—Amigo mío, ha cometido usted torpezas que nos han traído a todos la ruina y que a usted, además, le costarán la cárcel.

—Ya lo sé—dijo Smith gravemente—. Ha sido una torpeza, pero no una mala acción. Mi conciencia está limpia. Es posible que haya sido engañado, pero jamás pensé en sacar el más mínimo provecho en mi desdichada conducta. ¿Ha sido la fatalidad? ¿Ha sido una mano oculta y villana? No lo sé. Lo que sí sé es que estoy más arruinado que ustedes. No tengo un céntimo. Antes que lo de ustedes, perdí todo lo mío. Después de esto me dejaré esposar tranquilamente.

—Todo cuanto usted ha dicho—repuso el presidente—lo sabíamos antes de mandarle a llamar. Lo de la mano oculta es lo único nuevo para nosotros. ¡Claro que se trata de una hipótesis! Pero ni de esa hipótesis obtuvimos la menor noticia. En fin, no importa eso. Lo único que importa es que hemos acordado que usted se libre de la justicia. Váyase ahora mismo. Su desaparición nos servirá de excusa para declarar la quiebra. Cuando la justicia se entere, puede hallarse usted en el extranjero.

—Gracias. Es un rasgo de nobleza que no olvidaré jamás. Ahora mismo voy a preparar lo imprescindible para el viaje.

Después se acercó a su secretario, le tendió la mano, se la estrechó fuertemente y le dijo:

—Por usted, más que por nadie, lo siento, Rodolfo. ¿Qué será de usted?

Rodolfo abatió la cabeza.

—No sé... no sé... Sea lo que Dios quiera.

\* \* \*

El criado, con el periódico en la mano, vociferó:

—¡El Banco Oriental, en quiebra! ¿Se ha enterado el señor barón?

Pero el señor barón, que no era otro que Rodolfo, no estaba aquella hermosa mañana para bromas.

—Sí—repuso sencillamente.

—¿Sí? ¡Con qué naturalidad lo dice el señor barón!

—¿Cómo quieres que lo diga, Francisco?

—El señor barón parece ignorar que en casa

no hay un céntimo y que los prestamistas se niegan a darnos una sola moneda.

—Eso sí que es grave.

—Y tan grave. Como que no sé qué vamos a comer hoy.

—No seas ordinario, Francisco. ¡Qué importa la comida!

—Ya me lo dirá el señor barón dentro de veinticuatro horas.

—Lo que importa es que yo tengo que ir esta noche al *Trocadero* con un amigo y no quiero ir en calidad de parásito.

—¿Es posible que el señor barón tenga humor para ir al *Trocadero* esta noche?

—Eso precisamente es lo que voy a buscar en el *Trocadero*: el humor que me falta.

Federico y el señor barón quedaron profundamente pensativos. Rodolfo fué el primero en dirigir una mirada a su alrededor. Muebles lujosos, objetos de valor...

Fué a comunicar sus pensamientos a Federico, pero llegó tarde. Federico se dirigía ya al velador y cargaba con toda la plata repujada que en él había.

—El señor barón podrá ir esta noche al *Trocadero*. Veremos mañana qué sucede.

## II

Sobre la marmórea tina asomaba el busto completamente desnudo de Sonia Donnay.

Era una mujer hermosa, de ojos negros y malignos, de boca sensual, de carnes fuertes y morenas.

Aun ahora que estaba sola se complacía en hacer ostentación de su desnudez, como si las paredes pudieran sentir la inquietud que ella se complacía en ir sembrando por doquier. Aun ahora miraba con los ojos entornados, con los labios entreabiertos mientras sus manos frotaban los brazos magníficos, la garganta firme, el seno breve y más firme aun.

Sólo la espumosa e incompleta capa de jabón disimulaba la estatua maravillosa de aquel cuerpo.

Una última ablución y apareció triunfal y limpiamente modelada la prodigiosa escultura.

Pero sólo por un momento, pues la felpuda sábana la cubrió en un abrazo que hubiera provocado la envidia del más frío espectador.

Después, en el gabinete, acudió Jeannette a terminar de secarla y fueron cuatro manos las que recorrieron aquel cuerpo constantemente estremecido por oleadas sensuales.

Cayó la sábana hasta la cintura y quedó al descubierto la magnífica espalda.

Jeannette cogió la borla. Y entonces Sonia se tendió boca abajo en la *chaise-longue* y dejó que la experta doncella la empolvvara en tanto ella encendía un cigarrillo.

Jeannette, como se verá oportunamente, más que doncella era amiga de confianza y colaboradora.

Casi tan bella como su señora, tenía también el mismo sello de perversidad en sus ojos y en sus miradas. No llevaba el uniforme de doncella, lo que disimulaba más aún su condición de sierva de Sonia.

El gabinete donde esta escena se desarrollaba

estaba amueblado y decorado con lujo propio de una reina. Todo en él respiraba riqueza y mollicie.

Las finas y altas medias enfundaron las piernas más finas aun.

Después, las sutiles i perfumadas ropas íntimas iban cubriendo las partes del cuerpo que la sábana descubría. Por fin, acabó de velar las incomparables bellezas un elegante vestido casero.

Apareció un nuevo personaje: Magda Donnay. Magda era sobrina de Sonia. Había quedado huérfana y Sonia la recogió, haciendo con ella las veces de madre, una madre que no daba a su pureza muy buenos ejemplos, pero que había llegado a quererla.

Era muy linda y tenía, sobre todo, el encanto de su juventud.

Prudente y respetuosa en grado sumo, no daba un paso sin consultarlo previamente con su tía. Ahora, por ejemplo, había ido a consultarle qué clase de vestido debía ponerse para el paseo.

Sonia, inteligentísima en semejante cuestión, indicó a su sobrina el vestido más adecuado para la hora y sólo entonces se decidió Magda a componerse para salir.

\* \* \*

Por la noche, a la hora de la recepción, se iluminaron los salones del palacio, que tal nombre merecía la morada de Sonia.

Un criado negro iba de un lado a otro preparando ponches y descorchando botellas.

La cocinera trabajaba afanosamente. Otros criados preparaban la mesa donde el fino cristal de Bohemia alternaba con la plata.

Jeannette era como una segunda ama de casa. Vestía un elegante traje de soirée, obra de un modisto famoso, y dialogaba con Sonia con la animación y confianza de una íntima amiga.

El criado negro comenzó a anunciar invitados. —¡El conde de la Rosaleda!

Y Sonia le recibió un tanto extrañada de que no le acompañara su esposa.

—Perdonad—dijo el invitado—que mi esposa no haya venido. Una ligera indisposición la retiene en cama.

Y lo mismo sucedió con el segundo invitado y con el tercero.

Sólo el señor de Pimpinof, nuevo rico que no estaba para delicadezas, se presentó acompañado de su consorte, una señora que pesaba sus buenos noventa kilos, haciendo la competencia a su esposo, que acaso pesaba más.

—La única que debía haberse quedado en casa ha venido—comentó Jeannette.

—Ha sido una bofetada—exclamó la señora de Donnay—. Ni una sola dama. Sólo los maridos. Como si esto fuera un cabaret.

Pero en seguida se consoló al oír de labios de Jeannette estas palabras:

—Después de todo, ellos son los que nos convienen.

Surin, el agudo periodista, comentó con frases sarcásticas la ausencia del sexo bello.

—Realmente, la posibilidad de que la mujer aprenda la conducta de Sonia Donnay es aterradora para un marido.

Se presentó un criado a anunciar que la mesa estaba servida y todos los invitados pasaron al comedor, donde comieron poco y bebieron mucho.

Cuando ya nadie veía con su debida claridad, a causa del exceso de alcohol, el agudo Surin anunció que tenía una sorpresa preparada.

Descorrió las cortinas del pequeño escenario que había junto a la larga mesa y aparecieron varias muchachas, vestidas con largas y extrañas túnicas.

De cada una de ellas pendía un hilo. Surin unió todos los cabos, dió un tirón y las túnicas cayeron, dejando al descubierto las maravillas de aquellos cuerpos jóvenes.

Saltaron las muchachas a la mesa y comenzaron a bailar, entre el entusiasmo de los comensales.

Sólo Sonia había visto con desagrado la intromisión de Surin.

—Lo ha hecho—dijo a Jeannette—para recordarme que así empecé yo mi carrera.

### III

Estaban en el gabinete Sonia y Jeannette cuando el criado anunció un nombre ruso: Sacha Radín.

Antes de que le dieran el permiso ya estaba en el umbral Sacha y, dirigiendo a Sonia una mirada que podía querer decir: "¿Etiquetas a estas alturas?", besó la mano a ambas damas. mientras ellas no dejaban de mirarlo, de mirarlo

como si esperaran de sus labios una fatal noticia.

Sacha se sentó tranquilamente, encendió un cigarrillo y dijo lo que tenía que decir y las damas esperaban.

—Supongo, Sonia, que se habrá enterado usted de que Smith ha traspasado la frontera.

—Sí, lo sabía.

—Eso quiere decir que el peligro se ha alejado para siempre. Nadie sabe nada. Me he enterado de que fué muy prudente. Habló de una mano oculta, pero a título de sospecha. En realidad, ni él mismo sabía la verdadera causa de sus fracasos en bolsa. Nada preguntaron los consejeros y así quedó la cosa. Nada de nombres. Ninguna insinuación sobre la persona a quien pudiera pertenecer esa mano. Nada. Estamos completamente a salvo. Es seguro que Smith no volverá más por este país, donde la cárcel le espera.

—¿Y bien?

—Lo debéis suponer, Sonia. Ha llegado la hora de que ajustemos cuentas.

—Cantidad.

—La mitad de los beneficios obtenidos en la quiebra del Banco Oriental.

—¡Qué atrocidad!—exclamó Sonia.

—Usted pretende cobrar millones—dijo Jeannette.

—Yo pretendo cobrar millones cuando ustedes ya los han cobrado.

—Pero no gracias a usted.

—Protesto. Nos hemos repartido el trabajo. Tuve que hacerme nombrar consejero del Banco.

—Su servicio ha sido simplemente el de un espía.

—¿Para qué discutir? Sabe usted que poseo tremendas pruebas de su culpabilidad, en tanto usted no tiene ninguna contra mí.



—¡Qué atrocidad!—exclamó Sonia.

—Ya sabe usted que mi cuerpo es un argumento poderoso.

—Pero sin pruebas, ¿qué hará usted? Daría su amor en vano. Yo, en cambio, poseo pruebas de todo cuanto usted ha hecho en el Banco

Oriental y de todo cuanto hizo con sus dos esposos. ¿Recuerda usted, Sonia? El primero, el conde, se suicidó, dejando una carta comprometedora, que el azar trajo a mis manos. El otro, el marqués, acabó sus días en un manicomio por obra y gracia de usted. Créame, es una injusticia que trate usted de rebajar mis honorarios.

Sonia estaba pálida, demudada. Los recuerdos pasaban por sus ojos agrandándolos. Más que terror, sentía rabia de verse cogida en el seguro lazo.

—Echa a ese hombre de tu casa—dijo Jeannette.

Y Sacha sonrió burlonamente.

Sonia no se atrevía a negar ni a aceptar.

—¡Vamos!, no quiero verla sufrir—dijo Sacha de pronto—. Yo mismo le voy a dar la solución. Deme a Magda por esposa y quédese con los millones.

Jeannette y Sonia se miraron. Aquello era distinto. Menos hostil, Sonia comentó:

—La idea le acredita a usted de hombre sutil. Me perdona usted parte de mi fortuna, para adueñarse de toda ella, ya que Magda es mi heredera única. Además, tendrá usted una esposa hermosa y joven... Sin embargo, no deja de interesarme esta segunda solución. Espéreme esta noche en el *Trocadero* y hablaremos del asunto.

—¿Llevará usted a Magda?

—Seguramente.

—Entonces, no hay más que hablar. Hasta la noche, Sonia.

Apenas se hubo marchado, entró Magda.

—No has podido llegar más oportunamente

—la dijo Sonia—. Esta noche te llevaré al *Trocadero* y verás al hombre que te destino por es-  
poso.

\* \* \*

Cuando llegaron, en el escenario lucía sus habilidades un número que horrorizó a Magda. Un hombre y dos mujeres, casi desnudos, cubiertos sólo por ajustadas y blancas mallas, representaban grupos escultóricos.

Ocuparon un palco y, desde él, los ojos de Sonia, a través de los prismáticos, se fijaron, con morbosa ansia, en el escenario.

El espectáculo le agradaba, como todo lo que excitara sus exaltados nervios.

El palco inmediato fué ocupado poco después.

Rodolfo, el arruinado Kopenak, frecuentaba el *Trocadero*, donde, por unas horas, dejaba de pensar en el conflicto que con inminencia le amenazaba.

El fué quien ocupó el palco contiguo al de Sonia.

Pero Rodolfo no iba solo. Le acompañaba el periodista Landeau, el amigo siempre fiel.

Se sentó Rodolfo a espaldas de Sonia y quedó tan cerca de ella, que le era imposible dejar de percibir el perfume de su cuerpo, siempre estremecido por malsanas emociones.

Se volvió ella al sentir aquella mirada insistente en la nuca y no disimuló la buena impresión que Rodolfo le produjo. Estaba en ese momento interesante de la segunda juventud y era arrogante y distinguidísimo.

Todo esto lo advirtió Sonia de una sola mirada, pero no retiró de Rodolfo la vista, sino que mantuvo sobre él una mirada larga, insistente... una mirada que era una oferta.

—¿Quién es esa mujer?—preguntó Rodolfo a Landeau.

—Sonia Donnay, viuda de un marqués. Rica y hermosa. No le falta nada. ¿Quiere usted que se la presente?

—Hombre, la verdad: me gustaría conocerla. —Venga usted conmigo.

Entró Landeau primero para pedir permiso y en seguida volvió a salir con el consentimiento.

Unos momentos, muy pocos, después, dialogaba Sonia con Jorge con tanta intimidad como si le conociera de toda la vida.

\* \* \*

Sacha Radín no podía faltar a la importante cita.

Magda, que esperaba con inquieta curiosidad la llegada del hombre que se le destinaba para marido, se estremeció al verle aparecer por entre las cortinas del palco.

Nunca le había gustado aquel Sacha Radín, que la miraba siempre con avidez y osadía.

Comprendió en seguida, por el modo de saludar de Sacha y por las palabras reticentes con que le acogió Sonia, que era él el elegido por su tía.

Cuando ésta fué a hacer las presentaciones se sorprendió al ver que Rodolfo y Sacha se conocían.

Y se sorprendió más aún cuando supo por Sacha que el barón había sido el secretario de Smith.

Jeannette, obedeciendo a un plan previamente acordado con Sonia, quitó testigos a la entrevista de los futuros esposos, llevándose a Landeau, y como en este momento comenzara la orquesta a sonar en el salón de baile, Sonia aprovechó la oportunidad para llevarse a Rodolfo, con lo que consiguieron dos cosas: dejar sola con Sacha a Magda y hablar a solas con Rodolfo.

Al verse sola en el palco con Radín, Magda se levantó, dispuesta a seguir a su tía, pero se quedó en el umbral del palco, al ver que Sonia comenzaba a bailar con Rodolfo.

Este, que no había conseguido verse libre durante un solo segundo de la mirada profunda y misteriosa de la espléndida viuda, acabó de enloquecer al sentir sobre su pecho la palpitación del de ella, al sorber el aliento que Sonia se complacía en verter en sus mismos labios.

Sonia nada dijo, pero en sus ojos leyó Rodolfo lo bastante para preguntar:

—¿Cuándo podré hablar a solas con usted?

—El viernes, a las cinco. Venga usted a tomar el té. Estaré sola... esperándole...

Y le miraba, le miraba con los ojos entornados.

Aquella noche, Magda, ya en su lecho de virgen, apuntó, como de costumbre, en su diario las impresiones del día.

“Noche angustiada y feliz al mismo tiempo. ¡Qué odioso es ese Sacha! ¡Y qué simpático el amigo de Landeau, el barón de Kopenak!”

## IV

El viernes, Sonia buscó una excusa para alzar a Magda e hizo que la acompañara Jeannette.

El barón se presentó puntualmente. Sonia le recibió tendida en una *chaise-longue*, con un cigarrillo entre los labios y el elegante vestido recogido y abierto de modo que las piernas se mostraban en todo su esplendor.

Todo intencionado.

En seguida, separados por la mesita del té, se entabló entre ellos un diálogo lleno de intimidad.

—¿Ha averiguado usted quién soy?—preguntó Sonia.

—Sí, algo me han dicho—repuso francamente el barón—. Pero no creo nada. Sólo creeré lo que usted me diga.

Sonia se apoderó de una arquilla que había sobre un mueble próximo y repuso:

—Lo que yo voy a decirle no será mejor que lo que otros le han dicho, pero quiero serle franca.

Y, abriendo la arquilla, extrajo de ella un puñado de retratos, que fué mostrando a Rodolfo

—Esta era yo en mi primera juventud. Bailaba en el teatro Imperial.

Y entregándole otro retrato:

—Este fué mi primer marido. Noble, riquísimo y viejo. El mismo se quitó la vida.

Y le entregó un tercer retrato.

—Este fué mi segundo marido. Tenía el título de marqués y era tan rico como el anterior. Acabó sus días en un manicomio. Y ya conoce usted la verdadera historia de mi vida. Si, a pesar de todo esto, sigue usted sintiéndose inclinado hacia mí, le anticipo que ha ganado la partida.



*Aquella noche Magda apuntó en su diario las impresiones del día.*

—¿Qué quiere usted decir?—exclamó Rodolfo desconcertado.

—Quiere decir que es usted el hombre que deseo.

—Pero...

—Le sorprende a usted mi modo de hablar,

¿verdad? ¡Claro! Como está usted acostumbrado a tratar a las hipócritas damiselas de su sociedad, le asusta el oír hablar a una mujer sin tapujos, sin falsedades, sin convencionalismos. Pues así soy yo y así habrá de tomarme si me quiere. Es más: quiero decirle que mi corazón está virgen todavía. Dos esposos he tenido... algunos *flirts* también... Pues bien, es usted el primer hombre a quien he amado.

Rodolfo estaba cada vez más perplejo.

—No puedo creerla, Sonia. No puede ser verdad tanta dicha.

Pero Sonia le miraba fijamente, fijamente... Había en sus ojos una violenta sinceridad, una pasión ruda y arrolladora.

Se fué inclinando hacia él lentamente, se apoderó de sus manos. El amor la hacía temblar.

—¡Te quiero, te quiero, mi Rodolfo!... ¡Amame mucho tú también! Jamás he sentido esto tan hermoso, jamás he sido besada por unos labios queridos... Rodolfo... ¡Rodolfo mío!...

Cada palabra era una entrega. Le ofrecía los labios entreabiertos.

—Amame, ámame...

Y él estaba a punto de rendirse, de caer sobre la codiciada boca... Pero se sobrepuso. Fué lo bastante fuerte para vencer la tentación.

—No. Antes has de saber tú quién soy y en la situación en que me encuentro. Estoy arruinado..

—Todo eso lo sé... Y no me importa... A mí, en cambio, es dinero lo que me sobra... Todo para ti, pero dame tu amor; no me lo quites ahora que ya me he forjado la ilusión de poseerlo... ¡Te adoro, Rodolfo, te adoro!...

Quedó Rodolfo pensativo, confuso, perplejo. El no amaba a aquella mujer. ¿Cómo podría amarla si era la segunda vez que hablaba con ella? Desearla, sí la deseaba. ¡Era tan bella, tan fascinadora, tan apasionada!... Y he aquí que, además de ofrecérsele, le ofrecía todas sus riquezas. Y, a cambio de ello, sólo habría de dar un poco de amor, o de fingirlo, cosa sumamente fácil cuando el objeto de la ficción había de ser una mujer tan hermosa como Sonia. Estaba arruinado y se le ofrecía la riqueza, deseaba a una mujer y se le entregaba. Bien se le alcanzaba que lo que quería Sonia era asegurarle para siempre, casarse con él, pero tampoco las molestias que de ello se derivaran podían compararse con lo que a cambio de ellas obtendría.

En un súbito arranque, abrió sus brazos y rodeó a Sonia con ellos. Los labios de los dos se buscaron...

Y he aquí que entonces, cuando, ebrios de aquel delirio pasional, se sorbían el alma a besos, mejor dicho: en un beso voraz, loco e interminable, les sorprendió Magda, que en aquel momento regresaba con Jeannette.

Sonia no se alteró. Se limitó a decir, señalando a Rodolfo:

—Aquí os presento a mi prometido.

Sólo cuando el barón salió de aquella casa y vió que a la puerta estaba preparado para él el auto de Sonia, el auto que ahora era también suyo, se dió cuenta de que había vendido su amor.

\* \* \*

Se casaron. La boda no fué todo lo fastuosa que hubiera podido ser. Ninguno de los dos tenía interés en que la gente se enterara del enlace: ella porque detestaba a la gente, en justa correspondencia; el, por pudor.

Pasados los primeros instantes, los primeros goces del amor logrado, Rodolfo comenzó a ver en sus bodas sin afecto una carga demasiado insoportable. La vida comenzó a parecerle tediosa y fría. Sólo una cosa ponía algo de animación en aquel lento y callado suplicio: Magda.

Magda era distinta, muy distinta a Sonia. Sin ser tan hermosa como ella, cualquiera la habría preferido a su tía. Magda no despertaba deseo, sino amor. El la quiso en seguida como a una hermana menor a la que hay que proteger. Magda se convirtió en el único consuelo de su vida.

Un día se presentó Sacha con un ramo de flores. Era el cumpleaños de Magda y tuvo con ella esta galantería.

Pero no se lo entregó gratuitamente, sino que depositó un beso en su mejilla, justificándose con estas palabras:

—Es una costumbre de Rusia, mi país... Ahora el beso me lo debe dar usted a mí.

Como Magda se negara, Sacha recurrió a la violencia. Rodeó el codiciado cuerpo con sus brazos y hubiera robado lo que no se le daba si en aquel momento no acertara Rodolfo a pasar por allí.

Acudió en defensa de Magda, y Sacha conoció la fuerza de aquellas aristocráticas manos,

que le arrojaron de un empujón a varios metros de distancia.

Magda dió las gracias a su protector al mismo tiempo que se dejaba rodear por sus afectuosos brazos.



*Un día se presentó Sacha con un ramo de flores.*

Otro día se encontraron casualmente ante el escaparate de una tienda de antigüedades y convinieron dar un paseo juntos.

Antes entraron en la tienda y Rodolfo adqui-

rió una sortija que había visto en el escaparate y que el anticuario aseguraba que había pertenecido a los Borgia. Cuando menos, se trataba de una imitación perfecta, y Magda se horrorizó al saber que estaba construída de modo que po-



*Acudió Rodolfo en defensa de Magda.*

día cargarse de veneno e inyectarlo en un cuerpo humano.

El paseo fué largo y terminó a la hora sentimental del atardecer. ¿Habremos de decir que Rodolfo habló de amor a la dulce Magda?

Ella declaró su correspondencia, pues había comenzado a quererle aquella noche en que se vieron por primera vez en el *Trocadero*, pero le hizo ver la necesidad de imponerse a aquel amor. Ella respetaba y amaba a su tía, que tanto bien le había hecho, y no podía cometer con ella semejante indignidad. ¡No! Preferiría morir abrasada por aquel amor imposible.

En vano trató él de hacerle ver que Sonia no era merecedora de ningún sacrificio y que los dos estaban demás en aquel ambiente de vicio y perfidia. Se divorciaría de la indeseable esposa, se casaría con ella, con Magda, y se redimiría de flaquezas pasadas, trabajando para vivir.

En vano, todo en vano. Magda seguía aferrada a su idea de sacrificio todo por el amor de su tía.

Un día, vagando por el jardín, vió Rodolfo a Jeannette salir de un cuartucho en el que no había reparado jamás.

La curiosidad le hizo forzar la puerta y lo que vió en el interior le dejó estupefacto. Estaba todo lleno de frascos y de raros instrumentos de química y cirugía. En medio, en una vitrina, reconoció el veneno de los Borgia, aquel veneno que mataba en un segundo.

Corrió en busca de Magda para mostrarle aquello, para que viera de lo que era capaz aquella tía a la que tan ciegamente respetaba.

Y lo que sucedió fué que Rodolfo, al mostrarle el veneno de los Borgia, quedó pensativo, dominado por una súbita idea que se relacionaba con su sortija, y Magda, adivinando aquel peñ-

samiento, profirió un grito de horror y echó a correr.

La siguió Rodolfo y ella, al advertirlo, gritó: —¡Déjame, déjame! ¡También tú me das miedo!

## V

En el gabinete de Sonia, se debatía acerca de una trascendental cuestión.

—Es lo cierto—decía Sacha—, que Magda se muestra cada vez más esquiva.

—Pues yo, amigo mío, no sé qué hacer ya—repuso Sonia.

Iba a estallar la tormenta, cuando Jeannette intervino:

—Déjadlo de mi cuenta, que yo lo arreglaré. Esta noche venga usted a cenar, Radín. Como de costumbre, Rodolfo no cenará en casa. Le aseguro, Sacha, que Magda no opondrá resistencia a su amor.

Por la noche, después de la cena, Jeannette se empeñó en servir el licor con sus propias manos y ella misma fué depositando las copas ante los comensales, como si cada uno tuviese una para su uso propio.

Apurado el licor, Jeannette y Sonia buscaron una excusa para dejar a Magda a solas con Radín, y la joven comenzó a sentir algo extraño en su mente y en su cuerpo. Era una especie de sopor y una especie de delirio.

Sacha sabía ya que Jeannette había echado

un narcótico en la copa de Magda y creyó llegado el momento de saciar sus innobles apetitos.

En la habitación de Magda, adonde la joven se había retirado y adonde Radín la había seguido, se entabló una lucha en la que la muchacha hubiera sido fácilmente vencida de no intervenir, con su acostumbrada oportunidad, Rodolfo, el cual echó a Radín rodando por las escaleras.

—Ya me lo figuraba—dijo Rodolfo al volver al lado de Magda—. Cuando recordé que Sacha cenaba aquí esta noche, temí en seguida lo que en realidad ha sucedido. Menos mal, Magda mía, que he llegado a tiempo.

Atraídas por el estrépito de la lucha, acudieron Sonia y Jeannette, y en tanto aquélla se preocupaba de averiguar lo ocurrido, Jeannette recogía del suelo un documento que comprometía a Sacha, y el cual, sin duda, le había caído del bolsillo durante la contienda.

Magda tardó algunas horas en reponerse de los efectos del narcótico y he aquí que días después, cuando la calma había renacido, cuando Magda y Rodolfo comenzaban a saborear las delicias de aquella paz, surgió la tragedia, ruda, repentina, espantosa...

\* \* \*

Por orden de Sonia, los criados se retiraron a sus departamentos antes que de costumbre y armaron su acostumbrada partida de naipes.

Al regresar Rodolfo, llamó en vano a la puer-

ta del aposento de Sonia para darle las buenas noches.

Llamó a los criados y en presencia de ellos forzó la puerta.

Tendidas sobre la *chaise-longue*, no en actitud de descanso, sino de caída, estaban Sonia y Jeannette.

—¡Muertas!—oyeron los criados que exclamaba Rodolfo después de examinarlas.

Fueron trasladados todos al Juzgado. Nadie sabía nada. Nadie había oído entrar al que hubiera podido cometer el doble asesinato.

Un agente halló en el cuarto del jardín el veneno de los Borgia, al mismo tiempo que en el Juzgado, el juez reparaba en la sortija que Rodolfo llevaba puesta desde que la adquiriera en un almacén de antigüedades.

Todas las sospechas recayeron sobre él, y más cuando los forenses dieron su dictamen, asegurando rotundamente que las víctimas habían sido envenenadas con el veneno de los Borgia.

Rodolfo fué encarcelado.

Al saber lo ocurrido, el noble Landeau se presentó al juez en demanda de que le permitiera intervenir en el esclarecimiento de aquel crimen.

—El crimen ya está aclarado — repuso el juez—, pero no tengo inconveniente en que usted pruebe a salvar a su amigo.

Puso un agente a su disposición y el periodista comenzó a trabajar con afán hasta hallar en el buró de Sonia el fragmento de una carta que comprometía claramente a Radín, fechada el día del crimen y dando a la dama una cita a

aquella hora en que el asesinato debió de ocurrir.

Se trasladaron a casa de Sacha cuando sabían que él estaba ausente y acumularon nuevas pruebas.

Cuando Sacha llegó y se vió encañonado por el revólver del agente y abrumado por las pruebas de su culpabilidad a que Landeau iba haciendo mención, se confesó autor del asesinato.

Ya ante el juez, explicó que la falta de cierto documento le hizo escribir a Sonia una carta, citándola para las diez de la noche del día del crimen, a pesar de que había resuelto no volver a aquella casa, donde se le había maltratado. Rotas las hostilidades, prefería llevar a cabo una venganza cruel.

A la hora convenida, le recibió Jeannette en aquel cuarto donde estaba el veneno de los Borgia. Una rápida idea pasó por su mente. No había arma tan silenciosa como aquel veneno.

Jeannette le dijo:

—Tenemos en nuestro poder ese documento que usted ha echado de menos. Sonia está dispuesta a reintegrárselo si usted se va al extranjero para siempre.

—No tengo más remedio que aceptar, pero antes quiero hablar con Sonia. El asunto es muy delicado para que lo arreglemos por mediación de un tercero.

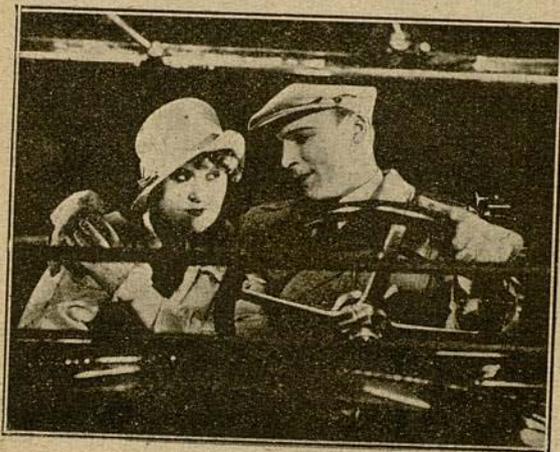
—Sonia no quiere recibirle, pero trataré de convencerla.

Y Jeannette se fué, dejando solo a Radín en aquel cuarto.

Llenó rápidamente una de las muchas jeringuillas para inyecciones que había allí del te-

rrible veneno y en seguida reapareció Jeannette, dándole cuenta del consentimiento de Sonia en celebrar con él aquella última entrevista.

Ya en la habitación de la dueña de la casa, y cuando ésta se dirigió a la arquilla de caudales para sacar el documento, dió a Jeannette el pin-



*...vivía feliz al lado de Magda.*

chazo fatal, aprovechando la circunstancia de que ella le ofrecía un pitillo.

Tan rápida como la acción fué la muerte de Jeannette, la cual sólo tuvo tiempo de proferir un ¡ay! de dolor.

—¿Qué sucedé?—preguntó Sonia volviendo la cabeza.

—No sé. Jeannette se ha desmayado.

Acudió Sonia, se inclinó sobre el cuerpo exánime de su amiga y entonces dió Radín el segundo y rapidísimo pinchazo.

Apenas tocó la carne la aguja, Sonia se desplomó sin vida.

Entonces Sacha se apoderó del documento y de todo el dinero que había en la arquilla y huyó.

\* \* \*

Cuando Rodolfo fué puesto en libertad, corrió en busca de Magda.

—¿Crees ahora en mi inocencia?

—Ahora y antes. Si Landeau se convirtió momentáneamente en detective fué porque yo, segura de tu inculpabilidad, se lo supliqué.

Lo demás de la conversación es mejor que no lo mencionemos, pues las palabras de amor no quieren testigos.

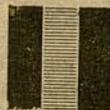
Diremos tan sólo que dos meses después Rodolfo era director de un Banco y vivía feliz al lado de Magda, con quien estaba pasando la luna de miel.

F I N

**Éxito sin precedentes** en las  
selectas **Ediciones Especiales de**  
**La Novela Semanal Cinemato-**  
gráfica de

## La copla andaluza

que se puso a la venta ayer



EN BREVE:

## Los cosacos

por JHON GILBERT

**Precio: 1 peseta**

*¡Siempre lo mejor!*

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1